

RESEÑA

Lipsitz, Mario. *Eros y Nacimiento fuera de la ontología griega: Emmanuel Levinas y Michel Henry*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004, pp. 204.

Por Rolando Casale

UNLP

El autor se propone mostrar los límites de la ontología tal como fue entendida por los griegos y por la tradición occidental que siguió fiel a ellos. Sin embargo, no sólo se trata de una mera crítica, sino que –a partir de autores como Henry y Levinas- hace una propuesta propia a la par que señala las diferencias entre ambos autores y sus dificultades. En ese sentido, a pesar de las coincidencias, los autores mencionados presentan no sólo diferencias de matices, sino franca oposición en algunos ítems.

Como aporte crítico, en el libro se muestra que la ontología griega fue posible en virtud de que puso de relieve la dimensión del fenómeno como ámbito específico de la reflexión que pretendía captar el ser. El fenómeno como tal, se concibe como lo que aparece en un ámbito de luminosidad, en el marco de las demarcaciones que se pueden registrar en un orden en el cual la luz es la que precisa la naturaleza de los contornos. El ser, resulta entonces, asimilado por esta tradición a aquello que se hace visible a partir de la luz que permite reconocer sus formas de modo definido. El fenómeno griego, va a permitir un enorme dominio de lo real; sin embargo, ello no garantiza que todo lo real quede inscripto en eso que se capta de acuerdo a los parámetros propios de la luz. Los filósofos analizados por Lipsitz coinciden en que el fenómeno tal como lo han entendido los griegos y tal como ha sido entendido por el pensamiento occidental, no hace más que mostrar bajo el principio de la razón, lo que ésta puede recortar, dentro del horizonte mismo de la finitud. El fenómeno así entendido, solamente puede tener una referencia a lo finito. No cambia, en nada que se piense al fenómeno de acuerdo a aquello en lo que él se expresa o independientemente de ello. Claro está, es más conveniente enfocar el fenómeno de acuerdo a la conciencia en la cual el ser se pone de relieve, pero, si la conciencia es considerada en términos de intencionalidad, entonces, resulta que el fenómeno sigue siendo circunscripto por los límites que impone la luz, de modo tal que solamente puede ser pensado en términos de lo finito. El autor nos muestra que tal modo

de concebirlo, más allá de las ventajas, tiene el enorme límite de cerrarle las puertas a toda posibilidad de hacerse presente lo infinito. El fenómeno bajo el dominio de la luz, pierde toda posibilidad de hacer patente a lo infinito. Henry y Levinas hacen un enorme esfuerzo por no perder la referencia a lo infinito. En ese esfuerzo construyen una fenomenología no intencional, donde se intenta incorporar la noche; rescatada por ambos como el medio que hace patente la presencia de lo infinito. En esta línea, Lipsitz nos invita a traspasar los límites en los que ha sido pensado el fenómeno para incorporar, por medio del recurso a la noche, no solo lo finito, sino también lo infinito.

No obstante ello, las coincidencias entre Henry y Levinas no pueden exagerarse, es mérito del autor mostrar que dichos pensamientos son, en realidad, a pesar de las coincidencias, antitéticos. Ello es así por la complejidad misma que supone tratar de pensar el fenómeno por fuera de la ontología griega y sus derivados. La empresa que se propusieron ambos filósofos no es nada sencilla, y discrepan en algunos puntos. Por ejemplo, Levinas hace hincapié en Eros, tratando de mostrar que es el único camino para traspasar los límites del ser. En virtud de Eros resulta posible salirse de la plenitud sofocante del ser, concebido bajo la primacía de la luz. Eros es aquello que permite realizar la fuga, traspasar las fronteras que se le imponen al ser, encerrado sobre sí mismo. Eros es la posibilidad de atravesar esas fronteras para situarse más allá de los límites que ellas mismas le imponen. Pero Eros no debe entenderse como aquello que tiende a la reunión de lo que es semejante. Eros no es eso que tiende a completar a quien carece con algo de la misma naturaleza. Eros no garantiza la reunión de lo parecido ni asegura la unidad de lo relativamente homogéneo. Por el contrario, Eros muestra la separación y la asegura. Lo otro hacia lo cual Eros se conduce, no puede reducirse en modo alguno a una unidad. Hay una separación, aunque también hay transubstanciación. Eros conduce a lo otro, sin fundirse con ello y en una instancia en donde uno y otro forman una comunidad, donde la voluptuosidad asegura el pasaje a la fecundidad y la paternidad en un hijo que se sitúa en el plano de lo diferido.

Como muestra nuestro autor, Henry, en cambio, pone especial interés en la afectividad, y Eros es sólo una parte. La afectividad es aquello que no se deja atrapar, en modo alguno por el registro de la luz y de la representación. A partir de la afectividad, sin embargo, es donde se hace patente la vida, no ya como una operación general, sino como la vida particular. El llegar a la vida propio de cada uno es analizado en referencia al nacimiento que de ninguna manera puede ser pensado como un mero fenómeno intencional. Es en virtud de esas consideraciones que lo infinito puede ser inscripto en el

orden del venir a la vida, de modo tal que esto último no agote a aquél. La vida de ninguna manera puede ser imaginada como una secuencia de operaciones de acuerdo a los límites registrados bajo la primacía de la luz, la vida, está ligada a la afectividad, que pone de relieve el modo en que se hace presente uno en cada caso, a partir de una referencia inexorable a una anterioridad primordial. Mientras que el Eros de Levinas hacía patente la importancia de la postergación, el modo en que entiende Henry el nacimiento indica la importancia de la actualidad. Se llega a la vida continuamente. Mientras que el Eros de Levinas señalaba la importancia de la separación entre uno y otro, el nacimiento de Henry deja claro la importancia de la relación de la vida consigo misma. Lipsitz, a su vez, nos muestra algunas dificultades de estos autores, en primer lugar, nos deja claro los problemas de Henry para incorporar en su filosofía al otro, cosa que esta relativamente resuelta en Levinas; pero, en segundo lugar, también nos marca las dificultades de este último para conciliar la transustanciación con la separación necesaria exigida por Eros. Resolver esas dificultades puede ser un espacio de trabajo muy interesante en el que se puedan esperar grandes contribuciones de Lipsitz. Proponemos, algunas cuestiones en las que el pensamiento de Lipsitz puede desarrollarse, por ejemplo, revisar el modo en que Henry y Levinas conciben lo femenino ¿No sería posible pensar lo femenino bajo los aportes de una fenomenología no intencional de modo tal que no quede peligrosamente asociado a la angustia y sus derivados en Henry? Y ¿No sería posible en el marco de la misma fenomenología pensar lo femenino más allá de la categoría de lo otro como salvador que termina eclipsado por lo uno? Y de ser posible tal cosa ¿De qué manera quedaría definido lo femenino? Desafíos que le permitirían a Lipsitz no sólo resolver algunas dificultades de los pensadores estudiados, sino también enriquecer notablemente la obra muy valiosa que ellos inauguraron.